

LA REPUBLICA

DIARIO DE LA MAÑANA
DIRECTOR: JUAN GIL

AÑO II-NÚM. 130

REDACCION Y ADMINISTRACION
Mercedes, 13 g. entre Florida y Andes

MONTEVIDEO, VIERNES 13 DE MAYO DE 1887

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Capital y Campaña, \$1.20—Exterior, \$1.50—Número del día, 0.05; atrasado, 0.10

SE IMPRIME
Por la Imprenta Roca & Vaz
Florida 64 y 66

LA REPUBLICA

MONTEVIDEO, MAYO 13 DE 1887

El atavismo político

No hay peor cosa en política que los gobernantes impresionables. Eso de que las lágrimas o los lamentos pidiéndonos logren inclinar el ánimo de un Presidente, hasta el punto de sobreponer esos ayes quejumbrosos a las quejas y lamentaciones de la patria, tiene consecuencias muy abrumadoras para el presente y porvenir de una nación.

El carácter energético, que es desgraciadamente escaso en las anomalías del gobierno, es mejor y llena las exigencias de la moral pública en épocas de reparación provechosa en que se ponen a prueba las aptitudes de un hombre y las aspiraciones de un pueblo. El General Tajes al frente de un poder que mucho puede realizar y que poco ha realizado, tiene para nosotros un inconveniente que no es reparado por su naturaleza; lo inhabilita en absoluto para ser gobernante.

El Presidente actual se deja llevar muy a menudo por influencias perniciosas. No tiene por ahora una fuerza suficiente para oponerse a los ruegos y jeremiadas de ciertos hombres que no tienen empacho en repetir sus adulaciones al Sol naciente agregando en cada prueba nuevo caudal de genuflexiones indecorosas.

Con un carácter levantado y con la plenitud del juicio político bien cimentado, el General Tajes, podría despalear a los zánganos de siempre que nunca han conocido el trabajo dignificante y los bien entendidos intereses públicos.

Con llamarse a la sala de audiencia y manifestar que en la actualidad viviente se necesitan otros hombres desde que hay otros factores políticos, todo quedaría concluido, la virtud arriba, el vicio abajo. Queden las lágrimas para ruborizar las mejillas, si la conciencia no basta para ruborizar el alma, que la naturaleza humana suele ser tan equitativa que da a cada uno su parte en el banquete de la vida.

Cuando se está dentro de una época reparadora no se puede prescindir de ese castigo sordo que hace de lado a los hombres despreciables de otros tiempos, porque la reparación es la justicia y la justicia sin sanciones severas, es una ilusión de los sentidos. Tajes está hoy al frente de un Gobierno que por las condiciones en que se ha venido vinculando, debería formar procesos y reabrir sumarios sobre la vida pública de ciertos hombres. Pero, si esto no lo quiere hacer por debilidad de carácter o por otra circunstancia cualquiera, haga lo primero: desoiga a los individuos recalcitrantes de la pasada tiranía, prescinda de sus lamentaciones, no les deje ingresar de nuevo en las corrientes del presupuesto nacional, donde tanto bebiéron y tanto dieron a beber.

Remítalos al fallo de la opinión, y si tienen hambre, que la satisfagan trabajando particularmente aunque sea de porteros! Digales también a esos visitantes asiduos de palacio que el pueblo está cansado de ellos, y que antes de dárles un vintén preferirían darles un mendrugo de pan en cambio de las asfrentas que le prodigan en la siniestra noche de la tiranía.

Corrijas en este sentido el general Tajes. No se duerma al arrullo de las conciencias vilipendiadas que hoy se revuelven buscando adaptación, buscando vida. Míre y oírse con más altura, que si hoy con esos pequeños procederes según el valor de sus adulaciones, mañana, cuando venga el Gran Capitán, no podrá destruir hábitos y formas arraigadas.

El atavismo político, del que se anuncian algunos casos, es una fuente de inquietudes y vacilaciones para el pueblo. Traer entidades de la dominación pasada a compartir con los hombres de la dominación actual, es perpetuar la mala doctrina, es favorecer el triunfo del vicio, es castigar con prebendas lo que debería castigarse con cárceles. Salvo el Presidente de la República que significó tener para su política, el desarrollo del crédito, la suba de los valores, el espíritu de empresa, el incremento de la población, etc.

Pues bien: todo esto se derrumba, no dura un mes, al además de mantener en el poder a los hombres del tiranismo, el General Tajes pretende con mala inspiración y peor estrella, aumentar mas, dentro de su administración, el número funesto de los elementos sanistas.

Pienso el General Tajes en su porvenir, y no olvide que si la historia anatomiza a los tiranos, es aun mas severa con quien teniendo en su mano la felicidad de un pueblo, lo sacrifica al mezquino interés de unos pocos aduladores.

Más escuelas

Y MENOS GALONES

La Jefatura Política de la Capital dirigió una nota a la Dirección de Instrucción Pública, pidiendo la rigurosa aplicación de la Ley de educación, y aunque no conocemos los fundamentos de esa nota, es de suponer que entre ellos se encuentre el de la necesidad de evitar la corrupción de ese gran número de muchachos que pasan la mayor parte del día adormecidos en las calles.

Pero la Dirección referida ha contestado al Jefe Político que en las escuelas públicas hay doce mil niños educándose, y que no hay local para mayor número.

De esto se deduce que no es la Dirección de Instrucción Pública la responsable de que no se cumpla debidamente la ley; ella tiene a su cargo los niños a que puede atender con sus recursos, y si gran número vagan por las calles entregados a la holgazanería, cuando no el vicio, es por que no hay local en las Escuelas para mas de doce mil.

No sabemos si la cantidad asignada en el presupuesto para atender a la educación, es o no considerable; lo que sabemos es que no pueden gozar de sus beneficios gran cantidad de niños porque está lleno el número que pueden admitir las escuelas.

Pero ese número no debe llenarse nunca; no debe faltar local para la educación del pueblo, ni apostol que la difunda; y mucho menos

debe suceder eso en nuestro país, en que tanto se gasta anualmente en mantener un lujo de ejército, ridículo en su composición, y excesivo en su número.

No hacen muchos días que se tributaron los honores que correspondían en el entierro de un militar de alta graduación, y hemos visto allí el mismo espectáculo con que el santísimo insultaba la pobreza del pueblo.

Las mismas monturas recamadas de oro, los mismos uniformes cuajados de galones, el mismo ejército que recuerda el lujo de la guardia de honor del último Emperador de los franceses, pero que no está en armonía, ni con la situación económica de nuestro país, ni con nuestras sencillas costumbres democráticas.

Esos excesos de lujo bien pudiera aplicarse al sostenimiento de algunas escuelas públicas, para que el Señor Director del ramo no tuviera que decir que no tiene en donde colocar más niños, aun cuando ellos estén ya en condiciones de recibir la benéfica semilla de la educación.

Y sin embargo, hace ya algún tiempo que se nombró una comisión para modificar el uniforme del ejército. Debe ser árdua tarea esa de suprimir galones y acortar frentales, cuanto tanto tiempo se necesita para concluir.

Si la supresión del lujo en el ejército se agrogase la modificación que exige su ridícula composición, sería aún mayor la economía.

Fácilmente se comprenderá lo que lo ridiculiza a nuestro ejército no es el militar que ha ganado sus galones, cuando menos sufriendo las fatigas de un largo servicio de guarnición, ya que no comprándolos con su sangre en el campo de batalla, sino esos que por gracias especiales, obtenidas muchas en pago de servicios de dudosa honestidad, recargan con sueldos mal ganados el elevado presupuesto del Ministerio de la Guerra.

Peró así como se nombró una comisión para que aconsejara las economías que podían hacerse sobre el lujo del ejército, se presentó un proyecto que sancionó, al honrar la carrera de las armas depurandola de ese elemento que la desdora, reportaría a la Nación una notable economía.

Este proyecto, duermes, como duermes la otra comisión, y sigue el ejército absorbiendo del veintio y cinco por ciento del monto total de las rentas públicas.

Y el Director de Instrucción Pública no puede cumplir la Ley de Educación por que no cubren mas niños en las Escuelas.

Es necesario que el Gobierno se convenza que para hacer la felicidad de la patria no necesita mantener ejércitos numerosos, sino educar ciudadanos que tengan conciencia de sus deberes y sus derechos, y ellos serán soldados el día que la independencia peligre.

Y para mantener el orden público, no son tampoco las balonetas el agente mas eficaz; es la garantía de los derechos del ciudadano, y el respeto a las instituciones que garantizan esos derechos.

Y no debo tampoco olvidarse que adquiere mayor crédito en el extranjero el país que contrata préstamos para educar al pueblo, que aquel que los destina a cubrir la malversación de los caudales públicos por dominaciones militares.

Si se quiere realmente reaccionar en el sentido del bien, haciendo algo por el porvenir de la Nación, suprimamos balonetas, suprimamos el lujo, suprimamos ese Estado Mayor de jefes y oficiales que ha rebajado la dignidad de la carrera militar, y creemos escuelas que formen ciudadanos capaces de ejercitar sus derechos y cumplir sus deberes.

Mas escuelas, y menos galones!

ELIZAB.

TELEGRAMAS

SERVICIO TELEGRÁFICO ESPECIAL
PARA LA REPUBLICA

(Agencia Havas)

Movilizacion del Ejército Francés

PARIS 11.—El Gobierno presentó a la Cámara de Diputados un proyecto de Ley tendiente a efectuar durante algunos meses ensayos de movilización del ejército. El proyecto ha sido enviado al examen de la Comisión del presupuesto.

Monopolio de Bebidas

BERLIN 11.—El Reichstag empezó la discusión del proyecto de Ley sobre el monopolio de las bebidas espirituosas por cuenta del estado.

Ecos argentinos

BUENOS AIRES 12.—En su sesión de ayer la Cámara de Diputados nombró sus comisiones.

—Organizase en La Plata un Consejo de Higiene.

—El Gobernador de la Provincia decretó que quedarán caducadas las concesiones de terrenos cuyos propietarios no cumplieren en el plazo de dos meses con la Ley de edificación.

—Encontrase enfermo el Dr. Aristóbulo Del Valle.

—La administración del Registro Civil, multó al doctor Miguel Juárez Celman, Presidente de la República en 50 pesos nacionales por inscripción del nacimiento de su hijo dentro de los 3 días.

—Promete ser grandiosa la manifestación del domingo próximo al ex-intendente municipal, señor Alvarez.

—Oro a 145.

—Atribuyese al Gobernador de la Provincia la intención de suprimir el Ministerio de Obras Públicas considerándolo inútil.

—Causó impresión la carta que el doctor Lopez Gomara publica en los diarios de la mañana respecto a las causas que ha tenido el Senado de la Provincia para rechazar su nombramiento en el Directorio del Banco.

—El Gobierno recibió nuevas ofertas para engasnar los ferro-carriles Central, Norte y Andino.

—El Dr. Ellauri parte para el Paraguay por motivos de salud.

—El abono al Teatro Colon está totalmente cubierto. Mazzini cantará el «Amleto» y debutará con «Rigoletto».

(Via Galveston)

Ferrocarril de helicos

LONDRES 11.—Un telegrama de Roma dice

que Italia se prepara para una campaña contra Abisinia, en el Yemano.

Meeting contra el bill de coercion

DUBLIN 11.—El Virey de Irlanda prohibió un meeting nacionalista. Proyectado en Armagh una manifestación antiorangista.

Reina en toda Irlanda mucha excitacion y descontento contra el bill de coercion.

Opinion sobre la movilizacion del Ejército Francés

BERLIN 11.—La «Norddeutsche Allgemeine Zeitung» atribuye mucha importancia al proyecto del Gobierno francés sobre movilización temporánea del ejército francés.

El Partido Carlista

MADRID 11.—Notase un creciente movimiento entre los partidarios de don Carlos.

COMO VIVE EL OZAR

En verdad que para llevar la vida que pasa el Czar de todas las Rusias en su retiro rural de Gatchina, es preferible ser reportero de un diario de Buenos Aires.

La casa de campo habitada por el autócrata de todas las Rusias no es, ni mas ni menos, que una fortaleza rodeada de fosos, con un fuerte guarnición, y situada en el centro de un inmenso campamento donde están acuartelados los innumerables destacamentos de soldados, caballería, infantería, artillería y hasta ingenieros militares. Y sin embargo, asimismo, está la vida del soberano puesta a grandes peligros, principalmente por las notorias aflicciones nihilistas de gran parte de su poderoso ejército.

Hubo una época en que el Czar podía contar, a lo menos, con la fidelidad de sus tropas, con el apego ciego, el amor incondicional de los ejércitos recatados. Ahora todo aquello ha cambiado. Es sabido que el movimiento revolucionario se ha extendido con una rapidez alarmante y significativa aun entre las clases que habían sido siempre consideradas fieles a las tradiciones antiguas. Mientras tanto, Alejandro III tiene que sacar el mejor partido que pueda de las circunstancias. Soldados escogidos le custodian día y noche, y la mas rigida disciplina prevalece en el castillo de Gatchina.

Un escritor que, hace poco tuvo el raro privilegio de ser presentado a la Czarina, da la siguiente descripción gráfica de su visita y de las precauciones tomadas para evitar cualquier incidente.

Visitando de San Petersburgo a Gatchina, en compañía de los generales Ignatieff y Baumgartin, —este último es uno de los edecanes del emperador— observé por todo el camino pequeños destacamentos de ingenieros.

Uno de los carruajes imperiales esperaba la comitiva en la estación; apenas ocuparon los asientos partieron a toda carrera; después de algunos minutos parieron a toda guardia, llegaron a un puente entre dos filas de guardias, donde fueron detenidos para ser revisados sus pases.

Después pasaron a una de las alas del palacio donde se repitió el mismo y después de atravesar innumerables pasadizos y escaleras que formaban un verdadero laberinto, llegaron a las piezas que les eran destinadas. Al relatarlo me sirvió el té y se lo dejó solo hasta la hora señalada para la audiencia. A medio día lo vino a buscar el general Baumgartin.

En el trayecto hasta el edificio central, vió los escalones llenos de centinelas que unos tras otros, presentaban armas con tal estruendo que le producían el efecto de un aviso dado a sus camaradas, apostados a mayor distancia, de la llegada de un extraño. En seguida pasó por un gran cuerpo de guardia donde habían unos cien soldados de servicio. Aquel tuvo otra vez que exhibir su documento, y después de subir una magnífica escalera atravesó un salón en que estaban apostados, un moro gigantesco con un traje soberbio y dos telucheros armados hasta los dientes con puñales y pistolas, fué introducido por un ugié a una salita elegante, donde pasó acompañado por uno de los caballeros de servicio al salón de recibida de la Emperatriz.

Después de una conversación de media hora durante la cual su Magestad observó que había algunos hombres «muy impíos» en Rusia, el escritor se retiró, pero al despedirse del general Baumgartin, este refiriéndole a la franqueza con que había hablado, le dijo que ningún ruso habría osado dar consejos a la Czarina, y añadió en tono jocoso: «Tenga cuidado! Miro que lo pueden mandar a Siberia! Qué puede haber mas característico que esta unión por parte del edecano, de la idea de Siberia con las precauciones tomadas por su soberano para su propia seguridad y la de su familia!

LA ESPADA

Descansaba de sus rudas campañas el invicto guerrero que hacia ya tiempo había colgado su espada. En el seno de esa paz soberana que Virgilio, en medio de esa calma reparadora que devuelve las fuerzas al viejo combatiente y cicatriza sus heridas, respetado y querido por sus conciudadanos sintiendo interiormente esa alegría inefable del que victorioso sirvió a su patria, arrojando el sacrificio por ella.

De pronto, por su ventana abierta penetró un rumor profundo y crecientemente como el de la tempestad que se aproxima. Las gentes habían alteradas; un invasor artero y audaz, llegado таймamente a aquellas tierras durante la noche, recogía los frutos ya en sazón, exigía tributos enormes e imponía al país su yugo ominoso. Rendidos aun aquellos polvos habitantes por las fatigas de la guerra, quejábanse amargamente de su desdicha, pero inclinándose resignados sus cabezas bajo el peso de la desgracia.

De pronto, por su ventana abierta penetró un rumor profundo y crecientemente como el de la tempestad que se aproxima. Las gentes habían alteradas; un invasor artero y audaz, llegado таймamente a aquellas tierras durante la noche, recogía los frutos ya en sazón, exigía tributos enormes e imponía al país su yugo ominoso. Rendidos aun aquellos polvos habitantes por las fatigas de la guerra, quejábanse amargamente de su desdicha, pero inclinándose resignados sus cabezas bajo el peso de la desgracia.

El invicto guerrero, en su solitario retiro, miraba de vez en cuando aquella espada que oía la pendiente del muro, y al clavar en ella la vista, relampagueaban sus ojos. Por fin, un día se abalanzó sobre ella, la ciñó a su cuerpo, y desvainandola febril la dijo:

—Oh espada mía, que tanta sangre vertiste, que tantas batallas ganaste! No te quebraras en mis manos? ¿Serás todavía bastante fuerte para vencer en la lucha?

Dió sobre el muro con la punta del acero tres fuertes golpes, y la brillante hoja toledana ni se

millaba ni se rompía. Al contrario, al resistir valerosa, parecía que contestaba al héroe: —Sigue adelante, con confianza en mí; no lo abandonaré jamás.

Salió el guerrero lleno de ardor y de fe; sus mejores amigos lo abrazaron diciéndole: «Contraigo van vestros bendiciones y vuestras esperanzas. ¡Salvamos de esta miseria y de esta ignominia! El pueblo lo dijo al partir: «Gracias a ti, vamos a ser dignos y libres. Nuestro corazón lo acompaña.» Una hermosa deidad, parecida a la imagen de la gloria, lo prodigó sus sonrisas y a su oído murmuró: «La fama y la inmortalidad serán tuyas.»

Poco tiempo después, vencido y solitario, extenuado el cuerpo y con el desaliento en el alma, yacia el guerrero tristemente en un paraje desierto; ni siquiera tenía el consolador abrigo de aquellos dos altos árboles a cuyo pie se reclinó el héroe de Roncesvalles al despedirse de su espada Durendal. La derrota fue completa; deshecha y dispersa su hueste, no quedaba de ella mas rastro que el de los despojos de la pelea.

En medio de la noche triste, el guerrero por primera vez vencido, a quien parecía insuperable el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

En uno de esos días sin sol como aquel en que Ovidio hace bajar a Minerva al mas sombrío de los antros quis el guerrero asomarse al horizonte para ver desde allí la fértil campiña del pueblo que adoraba y la casita blanca y modesta donde pensó acabar tranquilamente el resto de su vida, quizás reconociera allá en el fondo del valle a aquellos amigos queridos que lo abrazaron al partir a aquellos convecinados que esperaban el peso de la derrota, sintió cruzar por su mente un pensamiento siniestro: empuñó su espada, dirigió hácia su pecho la punta, y la hoja entonces despidió un resplandor que deslumbró sus ojos y lo detuvo el brazo. —¿Estás loco? parece que lo dijo la espada reluciente. —Dónde se conoce al héroe es en la derrota: donde se engrandecen el hombre es en la adversidad. No olvides que yo te seré siempre fiel, que no lo abandonaré nunca. Cuenta con mi esfuerzo indomable. Aun has de ganar brillantes victorias con una hoja como la tuya, que ni se rompe ni se mella. Prueba, si quieres, mi resistencia y mi temple.

Y el guerrero clavó con furia su espada en la dura tierra cuyas entrañas desgarró sin romperse ni mellarse.

—Gracias, no tengo apetito y preferiría que destinaste usted ese dinero a socorrer a mis pobres—y sacando un bolsillo de seda negra, sujeta con anillos de oro, se lo presentó. El Conde al ver el bolsillo dió un paso atrás, pues reconoció el de su esposa, pero después de reflexionar que su mujer era más alta y más gruesa que la máscara del dominó negro, lo preguntó con serenidad:

—¿Conoce Ud. señora a la dueña de ese bolsillo?

—Sí, señor, es mi única amiga.

—Pues suplico a Ud

